

sia y el Estado. No puede admitirse el sistema de la Edad Media que adscribía el Estado á la Iglesia, porque va á dar en la teocracia, opuesta á todo desarrollo progresivo del espíritu; no puede admitirse el sistema absolutista de los tiempos posteriores, que adscribe la Iglesia al Estado, porque va á dar en la autoocracia, opuesta á su vez á la libertad primordial de la conciencia humana. Los concordatos modernos, napoleónicos, son todavía más absurdos. Se concibe una religion del Estado, que regule la vida y distribuya la autoridad y la libertad con arreglo al ideal único de moralidad; pero no se concibe que tres ó cuatro religiones, entre sí enemigas, sean al mismo tiempo religiones oficiales de un solo Estado. La separacion de la Iglesia y del Estado resuelve, y resuelve satisfactoriamente este pavoroso problema.

Otro de los puntos capitales de este programa es el siguiente: Instruccion primaria universal, obligatoria, gratuita y laica. Quiéren los radicales la instruccion universal, porque en pueblos, donde el sufragio universal existe, es imposible dejar á la mayoría en completa y espesa ignorancia. Quiérenla obligatoria porque la idea de derecho es correlativa con la idea de deber; y no pueden los derechos reconocidos en el pueblo ser perfectamente practicados si no le ilumina verdadera instruccion. Quiérenla gratuita para que el pobre pueda acercarse á la mesa donde el pan del alma se reparte y comulgar al mismo tiempo que el rico en la comunidad de ideas como en la comunidad de derechos políticos. Quiérenla tambien laica por ser la consecuencia precisa de la libertad del pensamiento y de la indispensable separacion entre la Iglesia y el Estado. Los datos estadísticos que trae el Sr. Naquet, corroboran la utilidad indiscutible de esta parte de su programa. En Suiza, desde que la instruccion se ha reformado en sentido democrático, las prisiones, llenas antes, se hallan hoy completamente vacías. En 1864 no entró un sólo

preso, ni en el canton de Vand, ni en el canton de Zurich; y en el de Neuchatel entraron dos. En España acudian á las escuelas en 1797 cuatrocientos mil niños, en 1855 cerca de setecientos mil; despues que la instruccion es obligatoria un millon trescientos cincuenta mil. Estos datos prueban además que, segun crece la instruccion en los pueblos, mengua el crimen. Y los pueblos morales son los pueblos verdaderamente republicanos y libres.

A estos principios une otros principios como el impuesto pagado por todos, y en proporcion á su fortuna, para que tenga un carácter reproductivo. El impuesto único le parece verdadera utopia. En los desmedidos gastos que las crecidas deudas y los grandes ejércitos exigen, imposible, completamente imposible cegar ninguna fuente de ingresos, suprimir ninguna materia imponible. Pero ya que las contribuciones indirectas no pueden suprimirse, propone que se aumenten las directas haciendo el impuesto, no solamente universal, sino tambien progresivo. Y á este fin propone que se suprima el impuesto indirecto sobre las primeras materias de consumo y se cree un impuesto directo sobre la renta.

Despues sostiene que para organizar prácticamente la soberanía popular, para esclarecer el sufragio universal, para dar su verdadera ciencia, su primera sustancia á la República, se proclamen aquellas libertades necesarias, indispensables, que son luminosas como la libertad de la prensa, que son orgánicas como el derecho de asociacion y de reunion. Sin ellas el pueblo estará siempre á merced de la tiranía, y su inteligencia en las sombras, y su derecho será un nombre vano é irrisorio.

Y despues de estas cuestiones primeras sostiene una cuestion que ha sido de inmensa gravedad para Francia, que no tiene igual interés para Europa; la cuestion de capitalidad. París, que ha creado Francia; París, que ha

sido su núcleo en medio del fraccionamiento de la Edad Media; París, que con sus escuelas y sus Universidades ha producido el espíritu francés; París, que ha visto escribir á Fenelon y ha oido hablar á Mirabeau; París, que ha dado al género humano el espíritu, la esencia del siglo décimo-octavo; París, que ha proclamado los derechos fundamentales del hombre; París, que cuantas veces ha podido dejar oír su voz inspirada ha invocado la República democrática; París debe ser la eterna capital de Francia. Esta ciudad no es capital solamente porque en ella reside el gobierno; es capital tambien por su poblacion, por su riqueza, por su trabajo, por su ingenio, por la superioridad de su instruccion, por los servicios prestados á la causa del género humano, á la causa de la democracia, á la causa de la libertad, á la causa de la República, á todo aquello que verdaderamente ennoblece y levanta al género humano.

El partido radical francés ha progresado mucho en estos últimos tiempos. Ya no defiende aquellas utopias que en 1848 le perdieron tristemente. Ya no suspira por aquellos cambios profundos y radicales más propios de la cosmología que de la política. Sus ideas capitales pueden realizarse fácilmente, sin necesidad de alarmar á la sociedad ni de herir sus instituciones fundamentales. Dentro de una legalidad comun los partidos conservadores y radicales alternarán segun lo pidan el estado social y la opinion pública. Los tiempos heróicos del republicanism francés han pasado. La leyenda revolucionaria se ha desvanecido. Hoy nadie cree posible cambiar profundamente la sociedad con el credo de un profeta en los lábios y el puñal del conjurado en las manos. ¡Dichosos los pueblos donde el partido conservador sostiene la autoridad sin reaccion y el partido radical sostiene el orden sin revoluciones, ambos dentro de una legalidad comun, dentro de la República! ¡Desgraciados los pueblos donde cada partido

tiene su símbolo radicalmente opuesto al símbolo de los partidos contrarios; donde los conservadores creen que no podrán fundar la autoridad sin traer un príncipe de la casa de Borbon, y donde los avanzados creen que no podrán fundar la libertad y la democracia sino dentro de una República cantonal y socialista! Los pueblos libres, como Dios, son pacientes; porque los pueblos libres, como Dios, son eternos. Federales y unitarios han combatido en Suiza; pero han combatido en las urnas, en las controversias, sin derramar ni una lágrima, ni una gota de sangre. A esto mismo debemos aspirar en los perturbados pueblos latinos, á saber medir la distancia que media entre el ideal y la realidad para no atravesarla en uno de esos saltos en que podemos estrellarnos. El partido radical, proponiendo un programa claro, concreto, tangible, sin espejismos fantásticos y sin aspiraciones cosmológicas, ha prestado un verdadero servicio al progreso pacífico de su patria y á la causa general de la libertad en el mundo.

Duvergier de Hauranne ha escrito el libro de la República conservadora frente á frente de Gustavo Naquet, que ha escrito el libro de la República radical. Más escritor, más experimentado á pesar de sus pocos años; de abolengo doctrinario, de ideas á un tiempo republicanas y conservadoras, fundamentalmente liberal, fuerza es decirlo, representa este instante necesario en la historia: la combinacion de los elementos conservadores con los elementos republicanos. Ya sabe y conoce que la República conservadora tiene muchos enemigos, de los cuales unos le quitan el adjetivo y se quedan con el sustantivo, otros le quitan el sustantivo y se quedan solamente con el adjetivo. Los unos quieren sólo ser conservadores; los otros quieren sólo ser republicanos. ¡Pero qué republicanos son esos, los cuales no saben que su idea, fórmula de gobierno en largo y dilatado porvenir, tiene muchos grados, no siendo posible llegar á los

más avanzados sin pasar por los intermedios: que la série no se rompe ni en la sociedad ni en la naturaleza? ¿Y qué conservadores son esos, los cuales, para conservar esta sociedad, no encuentran más medio que perturbarla, rehacerla, destruirla, vulnerar la democracia, traer contra la opinion general una monarquía, erigir de nuevo en guerra internacional y europea la autoridad política de los Papas? La República conservadora no es más que la República posible, atenta al estado social presente, que asegura la autoridad sin necesitar para ello de la monarquía y el progreso pacífico renunciando para siempre á las revoluciones, con ánimo de cerrar tanta herida como han abierto las generales discordias y traer una conciliación entre los partidos liberales que funde un gobierno verdaderamente nacional.

Si en Burdeos se hubiera fundado la monarquía, ¿qué habria sido de Francia? La guerra civil viene en pos de la guerra extranjera. Cada gran ciudad imita á París. El ejército se divide. La parte que vuelve de Alemania con el recuerdo de sus reveses, toma una bandera; la parte que ha improvisado la dictadura toma otra. La República conservadora no podrá ser el gobierno de nuestra elección; pero es el gobierno de la necesidad. Después de la guerra extranjera, ¿qué hubiese sido una guerra civil?

¡Pobre, pobre Francia! El hijo del Norte ha profanado tus monumentos; ha libado en sus cuernos de caza tu alegre vino; ha herido con el sable afilado en el antiguo martillo de Thor el corazón de tus hijos; ha hollado tu independencia y herido la soberanía de tu República. Las ciudades más hermosas han sido ametralladas, bombardeadas sin piedad. Estrasburgo, que representaba la conjunción del espíritu germánico y el espíritu latino, la escuela de las dos razas; Estrasburgo, en cuyo seno vivió el descubridor de la imprenta, esa artillería de la inteligencia; Estrasburgo fué un montón de ruinas. Metz, ante cuyos

muros se detuvo todo el poder de Carlos V, Metz capituló. Nancy, la virgen de Lorena, que repartía en sus vinos chispeantes algo del espíritu francés por las venas de todas las razas, cayó esclava. Orleans no vió renacer el antiguo génio de Juana de Arco en sus muros, y dos veces fué arrastrada bárbaramente á las tiendas del vencedor. Bretaña, Normandía, se vieron inundadas de guerreros que parecían descender de las nubes como los génius del Apocalipsis, blandiendo los cometas de la destrucción, de la ruina, del caos, en sus manos que destilaban sangre, sangre, siempre sangre. Dijon, la capital de los valientes duques de Borgoña, fué también señalada con el estigma de los esclavos. Y mientras Lyon, Marsella, Burdeos, se apercebían á nuevos sacrificios, París sitiada, el verbo de Europa suprimido, el corazón de la humanidad atrofiado, decían al mundo el horror que al César, al emperador Napoleon, causa de tan increíbles desgracias, deben jurar todas las generaciones. Y aún hay quien desee levantar sobre estos mares de sangre, sobre estos montones de cadáveres, la sombra siniestra del principio asolador que los ha causado, el principio monárquico, que provoca á una guerra para fundir en su fuego una corona, para teñir en sus torrentes de sangre un manto de púrpura.

Y hay todavía en Francia quien pretende restaurar las instituciones monárquicas. Pues no se equivoquen los monárquicos franceses, enemigos de la dinastía napoleónica; en el aborrecimiento universal que los Borbones engendran, y en el universal menosprecio que engendran los Orleans, sólo queda allá en las cabañas envueltas en la bituminosa atmósfera de salvaje ignorancia una monarquía, la monarquía del génio, la monarquía de Bonaparte. Si ofrecen la forma monárquica en holocausto á las preocupaciones populares, no desconozcan que el primer emperador reina todavía en el pueblo, y que su sombra acompaña aún á través del titánico sepulcro,

la repugnante figura de su maquiavélico heredero.

Y sin embargo, ¡cuántas malas artes para restaurar una institución cuatro veces hundida en los abismos! ¡Qué prodigios de habilidad y de táctica! Mr. Duvergier de Hauranne los describe. La proposición confiriendo á Thiers la presidencia de la República por tres años, corrió varia suerte. Esta proposición tenía la forma de Mr. Rivet, individuo del centro izquierdo, republicano conservador y moderado. La trascendencia del asunto era inmensa. La reaccionaria Asamblea de Versalles iba á sancionar definitivamente la forma orgánica de las democracias, la forma republicana. El pueblo iba á salir de este régimen provisional, á cuyo influjo, si no maduran, se sostienen las esperanzas monárquicas. En el ánimo de muchos diputados, tal vez de la mayoría, el deber de esta Asamblea es declarar que el conde Chambord nunca ha dejado de reinar en Francia, y que continúa su reinado, obra de los siglos, hechura de la voluntad divina. Pero contra esta aspiración se alzan la conciencia humana indignada, las nuevas ideas esparcidas en todas las almas, las generaciones presentes educadas en el derecho y para el derecho democrático, la revolución europea que ha condenado á todos los Borbones, símbolos de tiempos y de instituciones radicalmente incompatibles con nuestra civilización. Sin embargo, es duro, durísimo, exigir de una Asamblea monárquica, de una Asamblea borbónica, de una Asamblea reaccionaria, engendro del miedo y de la angustia, consumado bajo el filo de las espadas germánicas, engendro que no volverá jamás á repetirse, es duro exigirle que reconozca la para ella detestable forma de gobierno que llama República, y que consagra sobre las ruinas de la soberanía de los reyes, el nacimiento de la soberanía de los pueblos.

La Asamblea se resiste á esta para ella desgraciadísima necesidad. Nunca se ha visto como ahora la fuerza de una idea del espí-

ritu moderno. Con reservas, con distingos, con propósitos de variarla, los conservadores se avienen al principio de gobierno que han rechazado y combatido durante toda su vida. Mr. Duvergier les pide que se resignen. Yo les pediría más; yo les pediría que se decidiesen á no volver á inquietar á su patria con proyectos insensatos de restauraciones monárquicas.

Basta de ensayos y de experiencias. La monarquía de la tradición legitimista murió con Luis XVI en el cadalso; la monarquía de la restauración de esas tradiciones murió con Carlos X en el destierro; la monarquía cesárea y militar murió con Napoleon el Grande en Waterlóo; la restauración de esa monarquía murió con Napoleon el Chico en Sedan. La monarquía de las clases medias murió con Luis Felipe al pié de las barricadas del pueblo; y ahora moriría, sí, moriría irremisiblemente la restauración de esa monarquía. Nuevos ensayos que han de terminar por nuevas revoluciones. Nuevos pretendientes que han de conspirar contra la soberanía del pueblo. Nuevas guerras civiles que derraman el incendio por todas partes. Nuevas guerras dinásticas á cuyo principio haya noches como la noche del dos de Diciembre, y á cuyo término días como el funesto día de Sedan. Tales son los grandes resultados de las monarquías. Tales son los frutos venenosos que puede recoger Francia de una nueva debilidad, de una nueva y tristísima caída.

Y la prueba de que el pueblo francés no quiere volver á las aventuras de la monarquía se encuentra en que, habiendo venido la República, no ha encontrado á sus tributos alivio, antes gravámenes á causa de la guerra, y persiste en sostener la República mandando en cada elección un diputado republicano á la Cámara.

Los desastres de la guerra, las indemnizaciones de la paz, la necesidad de conjurar la ocupación extranjera, imponen cargas imponderables á los contribuyentes. El primer Pre-

sidente de la tercer República, en su afán por libertar á Francia de la ominosísima ocupacion extranjera, buscó por doquier tributos con criterio más que conservador, con criterio ultra-reaccionario. Una de las ideas más arraigadas en Thiers, sin duda alguna, es la idea proteccionista. El antiguo doctrinario quisiera hacer de esa Francia tan comunicativa, tan humana, abierta á los vientos y á las ideas, en el centro de Europa, con su carácter cosmopolita y su génio de generalizacion, una especie de China mercantil. Así es que encontró como gran recurso un gravísimo, abrumador tributo á las materias primeras al entrar en Francia. Este impuesto sobre las primeras materias encarece el alimento y la vestidura del pobre; el café y el azúcar con que abriga un poco su estómago y vivifica y escita sus nervios. Pero además de estos inconvenientes, el impuesto sobre las primeras materias tiene el gravísimo de matar la industria. Es imposible que puedan los artefactos franceses competir con los artefactos de Inglaterra y de Alemania. Los industriales, que conocen estas materias, aseguran con datos fehacientes, indudables, la próxima emigracion de toda la industria francesa á las naciones vecinas. Así ha dado en llamarse el impuesto sobre las primeras materias la revocacion del Edicto de Nantes, que lanzó del suelo y del hogar á los hugonotes. Ante esta perspectiva tristísima los ánimos se han agitado con una agitacion creciente en todas las ciudades manufactureras. Las exposiciones han caido á millares sobre la Asamblea. Los diversos industriales han mandado comisionados que clamaban contra ese impuesto, comisionados que han imbuido las propias ideas á sus representantes. El empeño de Thiers parecia á todos los industriales sin excepcion una demencia.

Pero á Thiers debe llamársele en nuestro expresivo lenguaje, no sólo tenaz, sino también testarudo. Ningun medio, pues, desaprovechó que condujera al éxito de su idea. Dis-

ursos continuos, debates prolijos, ruegos, amenazas, imprecaciones, salidas prontas, fina ironía, raptos de elocuencia, todo lo agotó en su colosal empresa de convertir á la prohibicion regiones enteras que viven del comercio libre y de su benéfica influencia. En algunos momentos, arrastrado por sus convicciones dogmáticas, apeló á medios reprobables, como el medio de indisponer la industria con la agricultura, encendiendo en estas dos maneras primordiales de la actividad y del trabajo terribles rivalidades.

Extraño espectáculo en verdad el de un Presidente de la República que no se contenta con luchar en el Parlamento por medio de sus ministros, sino que lucha en persona también, y consigue que al peligrar sus ideas propias, sus particulares soluciones, peligre la República. Es el gran orador una desasosegada naturaleza que no se contenta con ocupar el primer puesto en la nacion, sino que quiere ser el primer orador, el primer economista, el primer hombre de Estado, y como en su oratoria hace de pequeñas ideas grandes discursos, en su política con pequeños expedientes, hace cosas grandes. Y como en aquellas circunstancias, su autoridad era necesaria, indispensable, valiase de su posicion excepcional, quizá única, para imponer á la Asamblea sus errores económicos, que pueden atrasar su siglo y arruinar su patria.

Pero en la discusion no pudo, no, sostenerse. Los diputados de todos los matices le demostraron que era tal impuesto, despues de una grande reaccion, una irreparable ruina. Pero Thiers se aferró á su sistema. Y la Cámara desechó el proyecto de impuesto. Inmediatamente Thiers presentó su dimision. Admitir esta dimision era imposible en aquellas circunstancias. Las fracciones todas de la Cámara le rogaron que permaneciera en el poder. Un mensaje le fué votado casi unánimemente. Al presentarle este mensaje, Thiers convino en permanecer al frente del gobierno; pero dijo que todavía quedaban cuestio-

nes y grandes cuestiones en las cuales habia un disentiimiento entre él y la Asamblea. Efectivamente, Thiers quiere con razon la enseñanza obligatoria; y la Asamblea, sin razon la combate. Thiers quiere con razon reintegrar en la capitalidad á París, y la Asamblea con razon quiere decapitar á Francia. Thiers, á su vez, quiere sin razon el impuesto sobre las primeras materias; y la Asamblea con razon lo desecha. Thiers quiere sin razon el antiguo ejército, y la Asamblea con razon quiere el armamento universal. De suerte que, en tal estado, hallándose unas veces la razon de parte de Thiers, y otras veces la razon de parte de la Asamblea, no podia continuar la armonía entre los dos poderes.

El mal proviene del origen que tantas veces he señalado, de la prolongada interinidad. En tan anómalo estado el Presidente de la República tenia una posicion también anómala y extraña. Es necesario encerrar cada poder en su esfera, cada autoridad en su límite. Es necesario organizar definitivamente la República. Es necesario salir y salir pronto de la interinidad. Y no sé yo que Francia se halla todavía poco dispuesta á recibir la forma republicana. Pero yo no conozco nacion ninguna, pueblo ninguno donde tantas inteligencias ilustres se hayan consagrado á la República, despues de haber servido á la monarquía: Thiers, el jefe de accion de la escuela doctrinaria; Duvergier de Hauranne, padre, uno de los más tenaces orleanistas; Casimiro Perier de quien puede asegurarse que ha heredado el carácter, la entereza, la energía del ilustre ministro de Luis Felipe, que le diera el sér.

A esta conversion oponen los monárquicos la union estrecha entre las dos ramas de la familia de Borbon, como grande y amplísima série de compensaciones bastante á consolarles de la desercion de tantos hombres ilustres. Pero esa union es pura fantasia. Las dos ramas de la casa de Borbon, la primera y la segunda, son á la verdad tan irreconciliables entre sí,

como la monarquía y la República. Siempre recuerdo la grande agitacion suscitada allá por los meses de Julio y Agosto en 1873.

La entrevista del duque de Burdeos, Enrique V, con el conde de París, Luis Felipe II, era para muchos en Europa prenda de reconciliacion entre las dos ramas de los Borbones, prenda de restauracion de la monarquía en Francia. ¡Ilusos!

Los reyes no son como los demás mortales en muchos accidentes de la vida. Dentro de nuestras democracias, la mayor parte de los hombres públicos son hijos de sus obras. En las monarquías, los reyes mandan ó aspiran á mandar por los títulos y por los privilegios de sus ascendientes. Por consecuencia, la historia forma en ellos parte de la vida, el nombre de sus progenitores parte del alma. Enrique V ha conocido mejor que ningun otro rey antiguo y moderno esta fatalidad del nacimiento. Así, no quiere nada, ni con el dogma de la soberanía popular, ni con el voto de las Asambleas deliberantes: y se limita á llevar sobre su cabeza, como una aureola mística, el glorioso recuerdo de la majestad y del poder de sus abuelos. En su educacion, en su fé, la nacionalidad francesa no era aún cuando ya eran reyes sus padres, y el derecho de estos y la autoridad de estos, se eleva y se elevará siempre sobre la misma nacion. Y la vida entera de un príncipe así, hállase reducida á consagrar culto religioso á la memoria de los reyes muertos, y á recordar á los vivos que él es, él solamente el continuador de su autoridad y de sus privilegios.

Imaginaos qué efecto produciria en hombre así la presencia del descendiente de los Orleanes, de esos Caines de su familia y de su raza. Hijos de reyes como él, descendientes como él de reyes, por no haber sido en los caprichos de la naturaleza, en las combinaciones de la vida, los primogénitos se han elevado, merced á la traicion, al perjurio, al fratricidio, se han elevado á una primogenitura que les negaban los privilegios del naci-